

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL PUERTO CUENTO FANTASTICO

El sol, esplendoroso y magnífico, apareció temblando en el horizonte y comenzó a elevarse por el espacio azul; su luz se derramó a torrentes por las cumbres, laderas y valles; se irguieron las flores desperezándose y sacudiendo, a impulsos de la brisa, las sonolientas corolas cuajadas de gotas de rocío que brillaban con cien mil bellísimos cambiantes al reflejar la pura lumbre del astro; los pájaros saludaron la luz con la confusa y alegre algarabía de sus cantos; pobláronse la tierra y el aire de notas, murmullos, ruidos, y cantares, y cual si la aparición del sol fuese la señal misteriosa que aguardaba, todo prorrumpió a una en el gigante himno de alegría de la creación que despierta.

Mi pecho se inundó de puro gozo ante tan grandioso espectáculo, y saltando con presteza mi barquilla, la lancé de un sólo golpe de remo al centro del río. ¡Navegante errabundo, pensaba hallar aquel hermoso día el ansiado, magnífico puerto!

Más he aquí que un blanco fantasma aparece y se sienta a mi lado, y mirándome fijamente me indica el rumbo, mientras yo desde el banco le contemplaba temblando de miedo y sin atreverme a interrogarle.

Al fin me resuelvo... ¿Quién eres?—le pregunto.

—Yo soy—me contesta el espectro con voz cavernosa—*el eterno patrón de las barcas que se lanzan al río en busca del puerto*—*Rema.*

Sentí circular por todo mi cuerpo un escalofrío de horror al escuchar aquel acento que no me pareció humano, y permanecí algunos instantes mudo y sin acción; pero fascinado por la mirada del fantasma, fija en mi rostro, obedecí como un autómatas y empecé a remar.

El sol se había remontado ya gran trecho sobre el horizonte; el agua saltaba al golpe del remo en penachos de blanca espuma coronados de chispas de luz y de colores; la fresca brisa de la mañana, cargada del penetrante aroma de las plantas y flores silvestres, riza ligeramente la extensa superficie del caudaloso río y llegaba hasta mí en oleadas de vida que yo aspiraba

ansioso mientras contemplaba extasiado las frondosas riberas en las que se alzaban soberbios castillos, palacios y quintas y de graciosa esbelta arquitectura, bosques y jardines por los que discurrían bizarros galanes y lindas doncellas coronados de frescas rosas, tegiendo bellas guirnaldas, entonando cantares, diciéndose amores y riendo con locas carcajadas.

¡Ah! ¡El AMOR!—exclamó sintiendo mi corazón latir violentamente; y volviéndome al fantasma que miraba impasible y frío tan dulces escenas, le pregunté anhelante:—¿Arrojo aquí el ancla? Respóndeme...

—*Rema.*

De mi pecho se escapó un profundo y amargo suspiro, y doblé tristemente la cabeza. ¡Oh! ¡Cuán gustoso hubiera arrojado allí el ancla! ¡Cuán dichosos y veloces debieran de deslizarse los días, entre músicas y festines, en aquel encantado país en donde reinaba el amor!

Seguí remando. El sol, cerca ya del cenit, continuaba ascendiendo lenta y majestuosamente por el espacio, cuyo azul espléndido y purísimo no empañaba ni la más ligera nubecilla; en el luminoso ambiente flotaban brillantes y encendidos los átomos del aire; las cumbres lejanas se dibujaban enérgicamente con líneas de fuego sobre el limpio azul del firmamento; las palmeras desplegaban su elegante ramaje brillando a la luz del sol como no lujosos abanicos de esmeraldas; las mariposas blancas y las libélulas azules giraban por el aire en extraños círculos; los insectos de alas brillantes volteaban a la luz del sol como un torbellino de piedras preciosas, y la brisa llegaba hasta la barca tibia y embalsamada con el aroma de las violetas y las magnolias.

De pronto un espectáculo nuevo y sorprendente que hizo latir otra vez mi corazón borrando de mi alma el recuerdo del valle del amor, se ofreció a mis asombrados ojos. Divisábase cerca espléndida ciudad, cuya inmensa plaza llenaba frenético el pueblo aclamando con delirante entusiasmo a un hombre que se alzaba sobre un trono deslumbrante, mientras algu-

nos, al son de himnos triunfales, orlaban sus sienas de oro y laurel. Coronaban a un bardo.

Jamás el espectáculo de la GLORIA se había presentado ante mi vista tan hermoso y seductor. Mis ojos despidieron torrentes de lumbre; la sangre se agolpó a mi rostro, y abandonando el remo dije al fantasma con acentos en los que vibraba la fuerza de un alma que ambiciona el triunfo.

—¡También como ese bardo, tengo yo mi canto; también como él, tengo yo una lira; un mundo, cual él, siento en mi alma; acaso como a él me ciñan coronas!... ¡Oh! ¡Qué hermoso es el triunfo, qué bella y seductora la gloria! ¡Cuál luce en las nobles sienas del bardo la espléndida diadema tan dignamente conquistada! ¿Arrojo aquí el ancla? Respóndeme...

—*Rema.*

Incliné la frente, y de mis ojos brotó, abrasando mi rostro y dejando en mi alma inmenso dolor, un torrente de lágrimas ardientes y silenciosas...

Seguí remando. El sol comenzó a caminar a su ocaso, llevando a Occidente el tesoro de luz y de colores: la tarde llegaba: el desaliento empezaba a invadir mi pecho, y mi brazo, rendido ya, apenas hería las hondas con el golpe del remo.

Un último y grande castillo se alzaba a la derecha del río, sobre una cumbre: aún brillaba en el cielo la luz del ocaso, y el rayo postrero del sol, que ya comenzaba a hundirse en el lejano horizonte, orlaba las nubes con franjas de topacio y fuego. Al pie del castillo, altivos y soberbios magnates cobraban tributos de pueblos y villas, y el oro rodaba como rueda la arena en las playas al soplo del viento.

—¡Ni amores ni gloria!—pensé con honda tristeza—¡Pues tengamos oro, que el hombre se humilla delante del oro, y el oro es el dueño y señor del mundo.

—¿Ves?—dije al blanco fantasma, que inmutable y frío contemplaba el oro, como antes había contemplado el amor y la gloria.—¡Ya no queda más que este último puerto: de aquí en adelante aparecen desiertas entrambas orillas!... ¿Arrojo aquí el ancla? Respóndeme.

—*Rema.*

El más profundo desaliento se apoderó entonces de mi alma, y seguí re-

mando, pero el golpe del remo, débil e inseguro ya, apenas movía la barquilla con lento vaivén.

A poco, crepúsculo medroso y vago comenzó a envolver la tierra y el cielo: la noche avanzaba; una bruma violada primero y cenicienta después se levantó del haz del río, invadiendo valles, laderas y cumbres: nubes de aspecto siniestro se cernían sombríamente en el espacio, entoldando poco a poco el ancho firmamento; quedaron atrás los prados de esmeralda tapizados de flores, los bosques frondosos, las ciudades, pueblos y castillos, y valles de melancólico aspecto y tristes y dilatados páramos sin árboles, flores ni verdura, sucedieron a los ruisueños paisajes que durante el día habían contemplado mis ojos.

La luna apareció un instante tras la cumbre lejana de un monte, derramando una claridad incierta y blanquecina sobre aquel paisaje melancólico, y se ocultó en seguida entre las nubes plomizas y oscuras. La niebla era cada vez más densa, mayor la cerrazón del horizonte y más triste, sombrío y silencioso el paisaje. Todo desapareció al fin: la luz, el movimiento y la vida. El terror que infunde todo lo misterioso comenzaba a invadir mi ánimo; sentía miedo...

Al par la rauda corriente del río había empezado a debilitarse y a extinguirse, perdiéndose en ancho y tranquilo remanso, y llegó a faltar a la barquilla fondo, hasta el extremo de rozar a veces la arena con la quilla. De pronto la luna, rasgando las oscuras nubes, alumbró una extraña ciudad en la orilla izquierda del río. Cruces, verjas, sauces y cipreses ornaban las calles de tumbas que se destacaban medrosas, imponentes y fantásticas a la escasa claridad de la luna...

Mis cabellos se erizaron de horror ante tal espectáculo, y volviéndome al fantasma le dije, temblando de pavor:

—¡Aquí no es posible que busquemos el puerto! ¡Volvamos al centro del río la proa! Siento renacer mi perdido vigor; mi brazo recobra su fuerza y empuje; gastemos, remando, el último aliento, y míreme yo pronto lejos ¡por piedad! del cuadro sombrío que forman las tumbas, cipreses y osarios!

Con triste sonrisa, que aterraba y fascinaba al par, me tomó entonces una mano el espantoso fantasma, y *Aqueste es el puerto*—me dijo:—*hemos llegado. El remo abandona y arroja el ancla.*—TEÓFILO NITRAM

CHARLA

Hoy me propongo en mi «charla» hablar con el Director-Administrador de esta revista. Lo consigo de paso, mientras él va a sus ocupaciones diarias, bien distintas de su labor de periodista católico.

—¿...y tiene V. mucha colaboración?

—En verdad, no me interesa; pues nunca está adaptada a mis deseos y a las exigencias del periódico. Prefiero pedirla yo, a quien me parece y de los asuntos que puedan interesarme.

—¿Y lo hace muchas veces?

—Muy pocas. Mi gran amigo *Hero*, poeta extraordinario, cuyos méritos se reconocerán, como ha ocurrido siempre, cuando se lo haya llevado Dios, me envía periódicamente sus versos. Todos, como ve, admirables. Y también me envía sus comentarios humorísticos, que pasan por mi censura privada, no siempre muy benigna con él.

—¿Y nadie más, colabora con Vd.?

—Sí. Algunos me mandan siempre sus cosillas: «Díaz de Vivar, «R.»», usted mismo, Don Justo, no me abandona; pero todos sujetos a un plan de acoplamiento en asuntos y criterio general.

—¿Y dificultades, encuentra usted muchas?

—De todo género. Por eso continúo con el periódico, aunque sólo sea una sola vez al mes. Atravesamos tiempos difíciles.

—¿Y sus relaciones con los lectores...?

—Interesantísimas. Recibo muchas cartas que me animan y otras también me decepcionan. Mis lectores no coinciden con mis gustos; les atrae del periódico, lo que a mí no me satisface y me veo obligado a forzar a veces mis inclinaciones para adaptarme a sus deseos. Ellos son más prácticos, yo tal vez, más teórico. Comprendo tienen razón.

—¿Quiénes le ayudan a Vd. en su trabajo de Administración?

No puedo permitirme el lujo de personal administrativo y he de recurrir a la amable ayuda familiar.

—¿Está Vd. satisfecho de la propaganda?

—Nunca se puede estar satisfecho. El propagandista católico siembra, arrojando la semilla del periódico por todas partes. Sé que me leen muchas familias en Gijón y por toda España, pero los resultados los sabrá Dios; yo nunca aspiro a recoger la cosecha. No es cosa mía.

—¿Se reparten muchos números en Gijón?

—Tengo bastantes suscripciones en la localidad. Más que en el año 1.936; pero una gran parte van a las escuelas de Gijón, costeados por persona que hace el bien tan silenciosamente, que cumpliendo el mandato divino, oculta a su mano izquierda los beneficios que otorga su mano derecha.

—¿Y no recibe Vd. más ayuda para esos fines?

—Alguna pequeña ayuda, pero insignificante para atender las demandas que constantemente recibo de periódicos, de las escuelas y catecismos, pues aunque a veces se hagan excesos económicos, el déficit constante me lo impide hacer con frecuencia.

—¿Y los suscriptores, cumplen bien?

—En mi profesión privada he visto desmoronarse muchas ilusiones propias y un excepticismo, que aumenta cada día, me va endureciendo poco a poco para no asustarme por nada; por eso no me extraña que de quienes más se espera, aunque sólo sean palabras de ánimo, olviden por completo sus obligaciones morales... y materiales también. Pero ya le digo, en mi profesión se llegan a conocer muchas cosas y se va curando uno poco a poco a fuerza de desengaños.

—¿Fuera de Gijón, tiene Vd. muchas suscripciones?

—En toda España. Pocas son las provincias donde no haya algún suscriptor. Y algunas se llevan varios centenares de periódicos.

—¿Qué relación tiene Vd. con las autoridades eclesiásticas?

—En realidad, ninguna. Un censor eclesiástico nombrado por el Sr. Obispo, revisa con mucha benignidad, los escritos originales que no han sido publicados en otra revista católica anteriormente y nada más. Mi publicación es completamente independiente, sometida al criterio católico.

—¿Cómo no publicó Vd. la pasada Semana Santa, un número extraordinario?

—Pues ya se lo puede Vd. figurar. Me suponía un desembolso de cerca de tres mil pesetas, que habría de hacer y... ya está bien con el resultado adverso que económicamente he de soportar todos los años.

—¿Y piensa Vd. continuar muchos años con el periódico?

—Si las dificultades aumentan, lo veo difícil. Económicamente sería la única causa que me lo impidiera, por mi parte, pues yo estoy dispuesto a continuar mientras pueda vencer las incómodas circunstancias actuales. Mi padre luchó 30 años. Yo llevo solamente cinco. No creo rebasar su labor. El era un apostol. Yo soy tan sólo un aficionado.

A la puerta de un importante establecimiento bancario me despidió de este Director, cuyas actividades diarias son tan diversas, que bien pudiera tener razón cuando dice: «que en su profesión privada ha visto desmoronarse muchas ilusiones» pues nada mejor que contemplar a los hombres desde distintos puntos de vista para conocerlos íntimamente.

Ahora me explico mejor, algunos comentarios que él ha inspirado a mi compañero de colaboración «R.» y que algunos discutieron con apasionamiento. Todo depende desde donde se contemple el panorama de la vida.

DON JUSTO

Cursillo para Aspirantes a Contables

Duración: CUATRO MESES

(Desde 1.º de Diciembre)

Horas de 7,30 a 8,30

Asignaturas: Cálculo Mercantil, Derecho Mercantil y Contabilidad,

Muralla, 7-1.º

GIJON

El último Catálogo

De mi última visita a la Necrópolis gijonesa, he sacado un sabor especial de meditación y de malestar. De meditación porque ante mis ojos pasaron los recuerdos de tantos hombres que fueron convertidos en podredumbre al soplo de la muerte y de malestar al ver el olvido en que todos, sin excepciones, caemos al acostar nuestra cabeza en el regazo de la eternidad.

El Cementerio no es más que un catálogo de nombres sin sentido para los que viven. Las lápidas sepulcrales son las hojas blancas del libro de la Muerte, y en ellas todos podemos leer muy pocas cosas. Simplemente, un nombre y una fecha, en cada una de estas frías páginas. Mirad para atrás, y acompañad el cadáver de uno cualquiera de los que allí esconden hoy su podredumbre. Centenares de personas caminan tras el ataúd que lleva al misterio a un hombre tal vez ilustre. Sus hechos destacados corren de boca en boca. Quizás haya sido el poeta inspirado que cantó más galanamente el amor y la belleza; quizás sea el valiente caballero militar que con el esfuerzo de su brazo armado, ensanchó los límites de la patria; quizás sea el genio del Arte que supo concebir obras inmortales, siendo el caduco; quizás sea el benemérito sacerdote, todo amor al prójimo y desprecio de sí mismo; será, quizás, la dama que encumbrada en el trono del poder o de la vanidad sonreía al mundo con una sonrisa muy distinta de la que ahora nos muestra en la frialdad de su calavera...

Las páginas del catálogo de la Muerte, están todas en blanco, y de ellas han desaparecido al tiempo y al recuerdo de los hombres las letras que describían vidas y personas. Sólo en ellas se conserva un nombre: el que Dios les impuso en el bautismo, y una fecha, lo que Dios marcó para el final de su peregrinaje por la tierra. Y arriba, una cruz, que en muchos es una esperanza y un consuelo, y en otros, muchos también, es una tacha puesta sobre una conducta dudosa. Lo demás de cada página, en blanco. La goma de borrar del tiempo limpió de recuerdos las páginas del Catálogo, y el olvido del hombre fué inmediato.

La Dama Muerte nos ofrece constantemente su Album de firmas, y todos los viajeros de esta vida firmamos en sus pálidas hojas. Ella cataloga nuestros nombres y borra lo demás. Por eso el Cementerio no es más que un catálogo frío de nombres y fechas. Nombres desconocidos y fechas olvidadas. Por eso los cementerios son sombríos y grises. No pretendais saber más sobre los que allí esperan la resurrección. Sería inútil que esperaseis, porque del Catálogo de la Muerte nunca obtendríais más datos que los dichos.

Peró no desesperéis. que paralelo a este Catálogo de la Muerte, existe otro Catálogo de la Vida, en el que sí están consignados todos nuestros datos personales, escritos con tinta indeleble. El Catálogo de la Muerte, es simplemente el catálogo de un cementerio, del final de una vida que se acaba. El Catálogo de la Vida es

nada menos que el Catálogo de Dios, en el que se consignan los méritos o deméritos de la existencia, y los castigos o premios que en la eternidad ha de darnos la Eterna Justicia de Dios.

Hermenegildo Rodriguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Toda la doctrina de Jesús de Nazaret, va encaminada, al porvenir que nos aguarda para después de la muerte.

Si con el término de la vida, terminase en absoluto nuestro ser, no tendría ésta objeto alguno. Para vivir en el mundo, las leyes son otras, pues estarían inspiradas en nuestro bienestar terreno; pero todo nos habla de una vida más allá de la vida, y esa incertidumbre en unos y seguridad en los más, nos hace adaptar nuestro modo de vivir a las normas que Dios dictó a los hombres a través de los siglos.

Aunque esa supervivencia de nuestra alma más allá de la muerte, nos parezca una sujeción incómoda para vivir, es sin embargo una esperanza redentora que nos llena de una gran ilusión que aspira a saciar el ansia de justicia.

Desgraciado el hombre, que abandonado de la justicia de los hombres no confía en la justicia de Dios.

.....
La muerte es cierta.

He aquí un acontecimiento que fatalmente ha de ocurrir. ¿Cómo y cuándo? son otros hechos que están vedados a nuestro conocimiento. Si conociéramos el día exacto de nuestra muerte, la vida nos sería insoportable. Pasan los años, la vejez se apodera de nuestros cuerpos, la vida parece pronta a terminar, sin embargo, hablamos del mañana como si tuviéramos la certeza de ser eternos, cuando tan poco tiempo nos resta de vivir entre los hombres.

Peró la preocupación se nos presenta, entonces, cuando tratamos de averiguar qué hay más allá de la vida.

La fe nos dice... lo que todos sabéis. ¿Aceptamos esta gran verdad de todas las religiones? Si es así, no tenemos más remedio que repasar nuestro modo de vivir para adaptarlo a los principios religiosos que nos señalan un camino, áspero tal vez, pero ¿es que al margen de la religión existe camino que no esté lleno de espinas? ¿qué podemos esperar en este mundo sino sinsabores, desengaños, desgracias, calamidades y trabajos? Y ¿con qué contamos para mitigar todas estas adversidades que la vida nos va ofreciendo a través de los años?: para el hombre sin fe, ninguna, para quien cree, la esperanza de una vida mejor.

Cuando sentimos en el corazón la pena del propio dolor o del triste desenlace de un familiar querido que se nos va, sólo la fe contiene la desesperación y hace más mansos los sufrimientos. Ellos, nos acercan a Dios, y nos consuelan en medio de las lágrimas que enturbian la visión del padre que contempla anonadado el cadáver de su hijo, o del hijo que va sintiendo en sus entrañas como algo se desgarrar al

perder para siempre la vida de sus padres. Y la fe cae como un sedante de dolor que suaviza y mitiga las penas humanas.

Solamente este gran beneficio que la fe nos otorga para aliviar las desgracias de la vida, es ya suficiente para abrazarse a ella como redentora y amiga que no podemos abandonar jamás mientras vivamos en este valle de dolor.

Y la muerte puede venir en cualquier momento. Recorred los cementerios y leed las páginas que nos gritan en sus lápidas funerarias. Allí encontraréis todas las edades de la vida humana. La muerte no distingue edad ni condición. Escoge sus vidas, entre las vidas que encuentra a su paso, y el concepto de eternidad, borra para ella las edades de los hombres.

Unos nichos ordenadamente construídos, van siendo ocupados cronológicamente hasta llegar al día exacto en que vivimos. Siguen los huecos de esos nichos, vacíos aún, esperando, con la absoluta seguridad de que pronto estarán ocupados por quienes, tal vez, despreciosamente, sonríen a la vida, ajenos al rápido fin que les espera.

La muerte es cierta. El día de nuestro fin puede ser próximo, pero nunca muy lejano. No retrasemos la hora de la meditación de tan importante problema.

.....
Un escritor ateo, pone en boca de uno de sus personajes de novela, un grito de desesperación ante quien pretende arrancarle la fe:

—No me quiteis la fe, que es lo único que me queda ya... y la necesito.—R.

IN MEMORIAM

En la muerte de la joven María del Carmen Presedo Vázquez.—(18-X-1948).

¡Qué prisa para marchar dejando a los tuyos tristes!
¿Quién te ha venido a buscar que con tal ansia te fuistes?
¿Por qué en tus pobres despojos la muerte pintó indecisa en vez de espanto en los ojos en tu boca una sonrisa?
¿Quién fué el que con tanto celo te ha llevado de sí en pos?
Más ya lo sé: para el cielo ccnsigo te llevó Dios.

Que Dios que te había creado te tenía destinada a ocupar junto a su lado un asiento en su morada.

Así se comprende todo: tu ansia de marchar; tu anhelo de abandonar pronto el lodo e ir a morar en el cielo.

Por eso ante tus despojos cambie de forma precisa el llanto de nuestros ojos en una leve sonrisa

Hermenegildo Rodriguez

NECESITANSE REPRESENTANTES

en todas las provincias españolas para este periódico

CONDICIONES:

Suscripción a 5 ejemres. al mes, Pts. 18 al año
Id. 1 ejemplar al mes, Pts. 4 al año

Comisión: del primer año, 50 %
Id. años sucesivos, 10 %

Cobro de la suscripción: ADELANTADA.
Dirijanse a esta Administración

Comentando

Principios de Curso

Pasa la escena en un despacho entre lujoso y pobre. Ante la mesa de escritorio, el dueño de la casa, ordena un montón de libros de texto. Un ruido de la puerta indica que alguien pide permiso para entrar. Accede gustoso el dueño de la casa y entra una fámula.

—Señor: Un niño quiere hablar con usted.

—Bien. Que pase.—dice el señor.

Pasa un niño de unos doce años. En su mano trae un libro que muestra y entrega al señor de la casa.

—Vengo dice el pequeño—a que usted me firme este libro y me dé permiso para entrar en clase.

—Bien, muchacho. Trae para acá. ¿A ver? Sí. Este es mi texto. Pero ¿que veo? Este no vale. No está comprado en casa de mi corresponsal. Mira: vete a mi co-

responsal y le compras otro. ¿Sabes? Porque este no vale.

—Yo creí que todos eran iguales, señor. —Así es, en efecto; pero ¿qué sabes tu de esto? esto no vale. Anda, no pierdas más el tiempo y obedece.

Y el niño marcha a proveerse de un nuevo texto, igual al anterior, pero que traiga el sello del corresponsal del señor Profesor. Un amigo suyo lo tiene del pasado curso y se lo cede. Con él va nuestro pequeño a su profesor y se lo muestra satisfecho.

—¿Traes otro texto? Bien. ¿Es de mi corresponsal? Efectivamente. Así ya es distinto. ¿Pero qué veo? ¡Este texto ya está firmado por mí el año pasado! No, hijo, no. Este tampoco vale. Este sirvió para dar entrada a clase a otro alumno, y por lo tanto, no ha de servir también para tí. Vete a mi corresponsal y cómprale uno. Anda, y no me hagas perder más el tiempo. El te dará uno nuevo que yo te firmaré, y con él podré firmarte la entrada a clase.

Marchó de nuevo el muchacho en busca del corresponsal del señor profesor.

Le pide el texto en cuestión y no lo hay. Pero se lo cobra y le da un vale para cuando llegue una nueva remesa de libros. Con el vale va a visitar de nuevo al profesor. Entra y le entrega el vale.

—Su corresponsal, le dice, no tenía de momento ningún tomo. Me cobró y me dió este vale a canjear por uno cuando lleguen. Si Vd. me lo quisiera firmar...

—A ver, a ver... Bien está en regla. El sello de mi corresponsal es este. Todo está bien, muchacho. Trae que te firme este vale. Así. Y ahora, cuando llegue el libro, me lo traes y te firmaré la entrada en clase. Mientras tanto, puedes pasar con

este vale. Anda, puedes marcharte satisfecho.

—Yo creía, señor, que los libros eran todos iguales, y por eso...

—Bien, bien. No te preocupes tú de cosas que por tus cortos años no puedes entender. Y ahora, márchate, que tengo mucho que hacer.

Y el señor se quedó satisfecho con una sonrisa entre sus labios, mientras el pequeño escolar se marchaba por las escaleras pensando que acababa de recibir la primera lección de aquél curso académico.

Hero,

César Alvarez Prieto

Pintor y constructor de obras

Av. del Molinón, 2 - Tel. 3115
GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

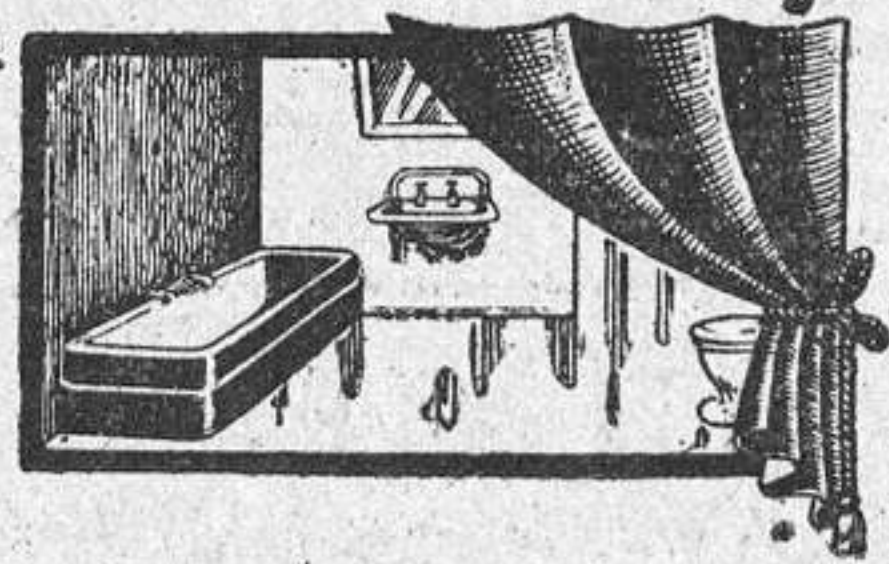
Materiales de
Saneamiento
y
Construcción

Cuartos de baño
cocinas, etc.

Arbués

Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1230

GIJON



PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)